



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



**Universidad
Nacional
de Quilmes**

Poggiese, Héctor

La economía social como anticipación de futuro



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Poggiese, H. (2010). *La economía social como anticipación de futuro*. *Revista de ciencias sociales*, 2(18), 141-157. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1501>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Héctor Poggiese

La economía social como anticipación de futuro

Presentación

Este texto analiza la relación entre presente y futuro en las prácticas de socioeconomía que se proponen la transformación social. El punto central es considerar prácticas presentes que, realizadas de cierta forma, con procedimientos metodológicos capaces de constituir nuevos actores colectivos, resultan ser prácticas anticipatorias de modelos de sociedad aún no definidos. Denominaremos “redes mixtas sociogubernamentales” a esos nuevos actores que se forman en escenarios multipropósito de transformación social.

1. Utopías practicadas, utopismo, prospectiva

Durante el apogeo del neoliberalismo perdió sentido pensar en la “utopía”, etimológicamente “ninguna parte”, bajo el paradigma de que existe un único lugar y un único sistema social real.

La utopía, sea como visión del futuro teñida de deseos e ideología o como marco referencial de lo que idealmente pudiese ser un sistema social alternativo, fue perdiendo crédito frente a la prevalencia del pensamiento único o la afirmación del fin de la historia.

No tendríamos más que un único destino para la sociedad, un futuro fatal que sucederá, repitiéndose. Pensar el futuro sonaba a desvarío, algo desatinado, salvo que fuera imaginarlo como una coyuntura prisionera, obligada a recorrer siempre la misma senda.

Así, estaban fuera de lugar todas las derivas utópicas configuradas como idealismo futurista, fuesen por movilizaciones políticas o religiosas, o fuesen por desilusiones y fracasos acarreados en luchas perdidas.

En el recorrer de la última década se han acuñado nuevos conceptos como “utopías practicadas” y “utopística”. También, acaso favorecida por la reinstalación de la planificación en la gestión del Estado, se ha recuperado la noción de prospectiva.

La noción de *prácticas utópicas* valoriza la ampliación de las voces propositivas y proyectivas, como un modo de revelar futuros ansiados, poco expresados.

Las metodologías de evaluación de las políticas urbanas y sociales se limitan a destacar las “buenas prácticas”, experiencias entendidas como exitosas, bien sucedidas. Existen, sin embargo, potencias utópicas que sobrepasan las prácticas consideradas ejemplares y no son reveladas por presupuestos de esas metodologías. Estas potencialidades pueden ser reconocidas en las territorialidades populares, en la legislación urbana, en las culturas políticas, en formas de organización social, en proyectos de gobierno, en lenguajes y códigos culturales y en la materialidad urbana.

Impedir el reconocimiento de la potencialidad utópica significa ejercer una forma particular de violencia simbólica, con la cual se busca retener la manifestación de nuevas fuerzas instituyentes y la articulación activa entre immanencia y trascendencia. Asimismo, en favor de la valorización de las prácticas utópicas, se puede decir que la propia escala del fenómeno urbano y las crecientes desigualdades sociales impiden que la presentificación pueda ser aceptada como única dirección y único sentido de la acción colectiva.¹

Hay quienes desconocen el tiempo necesario para el reconocimiento de valores y se subordinan a las exigencias de presentificación que traduce el mercado.

Son estos que, como ambicionan la forma perfecta, permanecen ciegos a las conquistas sociales [...] seducidos por la utopía sin raíz y sin territorio rechazan la lucha por la radicalización de esas conquistas [...] posibilitan así la voracidad de la versión dominante del mercado, realizando el futuro deseado por las fuerzas que comandan la globalización de la economía (Silva Catia *et al.*, 2005, p. 18).

¹ Véase en “Convocatoria a la VIII Reunión del GTDU” (Grupo de Trabajo Desarrollo Urbano) de CLACSO, de octubre de 2008, Buenos Aires.

La noción de *utopística* es desarrollada por Immanuel Wallerstein como un sustituto racional de la utopía, definiéndola como:

[...] la evaluación sería de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, realmente mejor y plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. *Es, por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad* (Wallerstein, 1998, p. 3; cursivas agregadas).

En estos conceptos puede descubrirse la idea de las alianzas transversales colocada en prospectiva, planteando la simultaneidad en la agregación de dimensiones que supone necesariamente la relación entre los actores de esos campos.

Para este autor, el sistema capitalista mundial está en etapa de crisis e iniciando su período de transición, en el cual los sistemas se bifurcan y se transforman. Esta etapa es impredecible pero singularmente abierta a los aportes de individuos y de grupos, con un notable aumento del libre albedrío. La oportunidad exige reconstruir la estructura del conocimiento de modo de entender esa crisis y abrirnos a las opciones históricas.

La defensa del sistema democrático representativo liberal actual, en contraposición a la posibilidad de aumentar la participación democrática en las decisiones, alega que la acumulación incesante de capital es de tal tipo prioritaria que promover una sociedad libre y abierta es riesgoso y amenazaría las bases materiales que la sustentan. Por eso no importaría tanto participar como tener bienes (mínimos), lo cual traducido al desarrollo urbano, haría preferible una ciudad deshumanizada y no participativa, aunque productiva, que una ciudad humanizada y democrática, pero menos moderna, desurbanizada.

Es interesante ver cómo Wallerstein se sumerge en asuntos que probarían que la “relativa eficiencia productiva” que se espera del sistema económico y de una sociedad libre y abierta se conseguiría sin que fuese prioritaria la acumulación incesante del capital.

Así, se interroga: ¿las remuneraciones monetarias son único incentivo para la calidad educativa?, comprobando que para los profesores universitarios, por ejemplo, el principal estímulo para trabajar bien no es el aumento relativamente pequeño en las retribuciones materiales, sino la combinación de reconocimiento y mayor control sobre su propio tiempo de trabajo. Tal vez si esa combinación fuese ofrecida de manera explícita y general como incentivo, mucha más gente los encontraría satisfactorios por sí mismos. Acaso esa satisfacción general no podría obtenerse con un

sistema de mejora en la elección de carreras y de transformación de funciones dentro de las carreras a lo largo del tiempo.

Así, se pregunta: ¿la eficiencia es realmente mayor en las grandes organizaciones que en las pequeñas? Confiando que no puede afirmarse que los hospitales no lucrativos, sistema que se conoce desde hace siglos, sean menos eficientes y menos competentes que los privados o los estatales, y entonces ¿por qué no extender ese sistema a otros servicios?

De allí que un elemento estructural como una posible base de un sistema alternativo sea “la construcción de unidades descentralizadas no lucrativas como modo subyacente de producir dentro del sistema”. Esas unidades no lucrativas, por un lado, necesitarían definir y establecer una negociación entre los trabajadores y los administradores para sus relaciones de trabajo y, por otro lado, no serían empresas autoritarias e incluirían la participación de los trabajadores en la toma de decisiones en altos niveles.

Estamos frente a la hipótesis de la coestión de unidades económicas similares o equivalentes a la socioeconomía, que en redes transversales se enhebra en o se confronta un mercado plural que no es solo capitalista.

En la bifurcación-transición de un sistema a otro habrá batallas políticas globales. Los privilegiados ensayarán estrategias aún impredecibles frente a los cambios y entre los oprimidos los problemas no serán menores, y aunque librasen una lucha en múltiples formas “una coalición de arco-iris es probablemente el único (concepto) viable, tremendamente difícil de poner en práctica”.

En síntesis, en su ensayo utopístico el autor aborda, para definir una alternativa viable al sistema actual, otro sistema caracterizado por prácticas simultáneas y transversales entre la ciencia, la política y la ética, incentivos no monetarios, unidades de “socioeconomía” no lucrativas, descentralizadas y cogestionadas, coaliciones sociales de múltiples colores (del arco iris), aspectos todos que —como vimos antes— encuentran algunas manifestaciones teóricas, conceptuales y prácticas en nuestra experiencia urbana actual.

La *prospectiva* nos ayuda a pensar que hay futuros alternativos. En el rango de posibilidades, la existencia de voluntades dispares niega la perspectiva de un futuro fatal. En el rango de las probabilidades esas disparidades se reducen en número pero no desaparecen y una de ellas, entre varias, será futuro. La prospectiva, así entendida, no como una adivinación o predicción, sino como un ordenamiento analítico de futuribles, permite colocar la deseabilidad como elección entre lo probable. El futuro deseable es aquel que elegiremos o preferiremos entre los futuros probables (futuribles), es una opción.

Apelar al pensamiento prospectivo (y también ejercitarlo) puede ser un antídoto al pesimismo extendido de futuros alternativos, un motivador oxigenante para los grupos que se proponen incidir críticamente en algunos procesos y transformar algunos otros y un enriquecimiento de las concepciones que se juegan a la hora de tomar decisiones en el desarrollo de nuestra ciudades.

La prospectiva puede ser participativa. Se distingue, en el campo de la predicción emancipadora, la posibilidad de una prospectiva *froid*, con el método del *policy analysis* y una prospectiva *chaud* de orientación participativa involucrando a los actores, aceptando que pudieran combinarse o confluír, aun cuando sus técnicas sean diferentes.

2. La idea de escenario

A mediados de la década de 1980 la idea prospectiva sobre la gestión de políticas urbanas era bastante aceptada: asistíamos a una situación histórica delineada por algunos procesos y tendencias bien marcados. Los países del Cono Sur abandonaban la época de dictaduras militares y atravesaban el proceso de apertura democrática. Había entonces expectativas de reconstitución de los estados nacionales y de nuevos mecanismos para la formulación de las políticas públicas. La crisis del llamado “Estado de bienestar” se ocultaba o postergaba detrás de la recuperación de los derechos políticos y de la institucionalización republicana. Aun cuando la perspectiva era de un mundo orientado por el neoliberalismo económico hacia la globalización capitalista, la circunstancia de una democracia reconquistada era un aliciente para hipotéticos postulados de transformación.

La interrogación de entonces sobre cómo sería el futuro de la región conducía a una respuesta alentadora: existían algunas probabilidades de un futuro con un Estado transformado en la formulación de sus políticas y con un aumento de la participación popular en esos procesos de gestión. Esto es, el desarrollo político de una continuidad democrática estable configuraría un modelo de sociedad más participativo, con una tendencia marcada hacia una cogestión de los asuntos públicos, todavía desconocida, entre Estado y sociedad.

Cómo encarar los temas problemáticos de la vida en las ciudades y, en lo que respecta al papel de la planificación y gestión participativas, cómo intentar una superación de las formas hasta entonces conocidas, que constituían la “tradición” instalada en las estructuras gubernamentales: planificación centralizada, función

institucionalizada en la administración pública, el plan libro, el quehacer tecnocrático.

Se imponía asumir el presente con una acción innovadora, implicando en simultáneo un modo de aproximar el futuro, iniciando prácticas de modificación de los mecanismos de planificación y de gestión de las políticas públicas, con predominio en las políticas sociourbanas. Era necesario instalar una articulación práctica entre actores diversos, privilegiando las relaciones Estado/sociedad, promoviendo escenarios participativos de planificación en la formulación de políticas públicas; esto significaba una primera superación de los mecanismos usuales del modelo decisional predominante, caracterizado por el acostumbrado informalismo clientelístico-lobbista, con el que el sistema político trata al sector popular.

Esa superación se obtendría con un modelo de gestión de las políticas públicas, abierto, adecuado a la participación social en la decisión sin desmedro de las calidades y racionalidades técnico-políticas, de las que no se puede prescindir. Fueron ideados los “escenarios formalizados de planificación-gestión participativa”. Esos escenarios, que constituirían una práctica del presente, no existían, no venían hechos, por lo tanto había que construirlos acostumbrando a los distintos actores, y hacerlos evidentes como una práctica sociopolítica decisional en procesos concretos.

Sustentamos la hipótesis de que los procesos de investigación-gestión participativa y los ciclos de escenarios formales de planificación gestión producen un conocimiento “anticipado”, que posibilita a los grupos sociales pensar de una manera diferente la situación contextual en un marco de confianza y solidaridad, abriendo perspectivas a su propia reconfiguración en previsión de los cambios futuros.

El concepto de escenario participativo se refiere a espacios de articulación formalizados como procesos decisorios con reglas definidas que se construyen por acuerdos. Por eso toda la preparación del escenario es la propuesta en práctica de una metodología particular. Esta se propone que se configuren estrategias con compromisos, articuladas y asociadas con los actores en los proyectos y políticas: así la preparación del escenario es una forma asociada y comprometida de ejecutar el proyecto estratégico de construir un escenario para la toma de decisiones. Así, es altamente probable que reproduzca la matriz que lo genera, y que venga a crear acciones estratégicas y modelos de gestión cogestionarios y asociados.

El concepto de “escenario” es familiar a la planificación tradicional pero el uso de ese término genera alguna confusión cuando

es referido a modelos participativos no convencionales: como se analiza a continuación, el término es el mismo pero sus conceptos muy diferentes. El concepto de escenario ha sido usado con regularidad en el sentido de hipótesis de futuro, construcción de imágenes sobre el devenir. Con cierta frecuencia en el campo de las ciencias políticas y sociales se apela a esa técnica.

Algunos modelos de futuro han considerado combinar variables para proyectar la posible satisfacción de necesidades básicas de la población mundial en relación con los recursos. Sin embargo, hasta estos propios modelos que incluyen la variable de la participación no son participativos en su construcción y realización; no resultan de una construcción social integrada, ni siquiera de una elaboración asociada con factores políticos, de poder, sino una aproximación de naturaleza científico-técnica, a veces académica y otras veces tecnocrática.

Cuando usamos el concepto de escenario participativo nos estamos refiriendo a un escenario del presente, un lugar donde los actores jueguen hoy el papel de proyectar el futuro (un futuro, la parte del futuro que esos actores pueden tocar) o la parte del futuro que se puede construir en el presente.

Pero también estos escenarios son ejercicios anticipatorios de un modelo de sociedad que vendrá, como configuración presente de un modelo decisorio que se sugiere. Significa una carga de responsabilidad, no es solo la enunciación discursiva de un modelo social mejor desde un punto de vista teórico, sino la construcción anticipada, provisoria, de una situación futura colocada en el presente, para contribuir a un modelo decisorio participativo que no es predominante. Exige la elaboración de estrategias de protección de los cambios producidos para que puedan seguir la transformación que se asegura.

Significa funcionar de una forma que no es habitual, anticipar formas decisorias que tal vez estén en una sociedad del futuro, experimentar un modelo de gestión de manera anticipada, ser ahora lo que se va a ser después, pero con actores contemporáneos, reales y activos.

De hecho, cada vez que escenario de ese tipo se instaló, estuvimos en presencia de una planificación-gestión compartida, cogestiva, asociada. Había quienes decían entonces: “es muy temprano para eso”, considerándolas prácticas prematuras, nacidas fuera de tiempo, adelantadas. Un cuidado tan extremo escondía cierto interés de control, porque esa inoportunidad incomodaba al modelo decisional hegemónico.

Se trataba entonces de instalar una práctica social decisional innovadora, con un sentido integral y de hecho anticipar prácticas

sobre un modo de gestión que, siendo insignificante en la realidad en curso, tuviera probabilidades de ser parte de un futuro.

Como consecuencia de esos ensayos prácticos sobre problemas concretos enmarcados en un modo de gestión de corresponsabilidad entre Estado y sociedad es que hoy disponemos de experiencias y reglas cogestivas elaboradas y experimentadas en políticas y proyectos reales. Estas prácticas de gestión asociada que no son de laboratorio, sino que inciden en la gestión urbana democrática, donde actores autónomos pueden decidir en conjunto y con consenso, sin subordinación entre ellos, en base a reglas cuya elaboración es también el resultado de consensos. Esas prácticas socioinstitucionales facilitadoras de los ensayos de cogestión reciben la denominación de “escenarios formalizados de planificación y gestión”.

Pero la dimensión y profundidad inusitadas de la crisis aceleró los procesos políticosociales, el futuro llegó antes de lo esperado y el ensayo anticipatorio dio lugar a una actuación decidida en la creación y multiplicación actual de políticas públicas participativas y democratizantes.

A diferencia de un escenario teatral donde los personajes repiten siempre la misma escena (esto es, los actores-personajes son los mismos aunque el actor-persona cambie), en el escenario participativo de la planificación gestión las escenas nunca se repiten y tampoco los actores, porque aunque a veces sean los mismos, son diferentes cada vez. No solo son cambiantes por su propia naturaleza, sino porque la interrelación del escenario los modifica (en el sentido de “influencias mutuas” que definíamos antes).

Es bastante conocido que la tensión constante y el conflicto aflorado de la participación como objetivo, los intereses, diferencias de clases o grupos sociales y los propios requerimientos de cambio estructural (naturaleza implícita en un proceso transformador) demanden ciertas cualidades de sus intervinientes: tolerancia, flexibilidad y capacidad de negociación, principalmente por parte de los planificadores. No se acepta con facilidad que todo proceso de negociación entre actores de diversos poderes, intereses y visiones no se resuelve por la capacidad de los individuos –aunque eso ayude–, sino por el modo como se realice ese intercambio.

Las reglas y los procedimientos para la construcción colectiva de conocimientos, de acuerdos y de compromisos, esto es la metodología particular para un modelo decisorio de semejante complejidad pasa a ser un instrumento esencial. Así como no habrá participación si no hay voluntad manifiesta de producirla, tampoco la habrá si no se usa un método adecuado y consensuado para su tratamiento. Es más, la voluntad participativa debe incluir –desde

el comienzo en los actores con mayor poder político y progresivamente en el resto— la manifestación de las reglas de juego de la negociación y de los métodos para producir resultados.

La idea central es la de un escenario que en una primera etapa está solo delineado, su “guión” está apenas dibujado. Se va configurando al unísono con la propuesta de construirlo, sobre la base de una temprana interacción entre diversos actores. El “libreto”, el argumento de cada actor es flexible, no es único. La hipótesis es que la interacción asocia, la negociación puede hacer crecer un interés común, el intercambio hace progresar el conocimiento.

En una segunda etapa el escenario es más formal, las reglas de juego han sido explicitadas y consensuadas, aunque no se sepa por anticipado el resultado, se sabe por cuál mecanismo será producido: el tal mecanismo, la metodología, las reglas y procedimientos también son parte del proceso de acuerdo-consenso.

En una tercera etapa, la asociación para la gestión se ha materializado, un proceso de fusión entre conceptos, método y acción se va corporizando en un grupo de actores que, como si fueran un solo actor conduce, orienta las transformaciones en el modelo decisorio y la cultura política ínsitas en el proyecto.

3. Ensayo prospectivo/utopístico del 2000

En un momento histórico en el que podía predecirse que una profunda crisis alcanzaría a las ciudades latinoamericanas porque se percibían los efectos catastróficos de la época neoliberal, fueron descriptos en el año 2000 algunos escenarios alternativos que podría transitar la experiencia urbana en América Latina, siguiendo un enfoque “prospectivo-utopístico”.²

El cuadro 1 recoge un detalle perceptivo, limitado a una pocas variables que ayudan al ejercicio de la comparación, de tres alternativas futuras de gestión de lo público urbano que se abrían como probabilidades frente a la persistencia crítica del modelo neoliberal, en América Latina. El desenlace de la crisis podría desembocar en continuidad del neoliberalismo (aunque expresado de otro modo, distinto pero equivalente) o en alguno de estos tres escenarios relativamente alternativos que denominamos como: *la gestión estatal* deviene de un cambio en el papel del Estado y los políticos; *la autogestión social* deviene de un cambio en la sociedad civil y en la acción ciudadana; *la cogestión socio-estatal* deviene de un cambio simultáneo en sectores de la sociedad civil, del Estado y de los partidos políticos.

² El documento “Alianzas transversales...” fue presentado a la II Reunión del GTDU de CLACSO en Quito, diciembre de 2000 y publicado recién en 2004. Véase bibliografía.

Cuadro 1

<i>El primer escenario, “la gestión estatal”, deviene de un cambio en el papel del Estado y los políticos.</i>	<i>El segundo escenario, “la autogestión social”, deviene de un cambio en la sociedad civil y en la acción ciudadana.</i>	<i>El tercer escenario, “la cogestión socio-estatal”, deviene de un cambio simultáneo en sectores de la sociedad civil, del Estado y los partidos políticos.</i>
Algunos partidos o sectores de algunos partidos que ocupan posiciones de poder público están consustanciados de las demandas sociales y las dificultades subyacentes respecto a la calidad de vida e impulsan desde esa posición políticas urbanas más amplias, con aumento de la consulta y la participación en su sistema de decisión estatal.	Algunos organismos sociales, redes, resisten al avance del mercantilismo del espacio y a la modernidad que conlleva pobreza y expulsión.	Las redes sociales tienden a ser prácticas sociogubernamentales. Las acciones estatales se sostienen en propuestas de gestión mixta o asociada con la comunidad.
Hay una reorganización de los partidos políticos en coaliciones estables, sostenidas en programas definidos en consultas con los electores.	Hay una alianza más nítida en el ámbito local regional.	Hay una alianza sinérgica que se asienta sobre una división de aguas, una alianza de arcoiris (de muchos colores) sostiene políticas urbanas donde lo público está integrado en la asociación de actores de ámbitos diversos.
El mercado resuelve con el Estado las asignaciones urbanas.	La economía popular y las redes de trueque tienen fuerte predicamento y organizan una parte importante de los grupos sociales.	El mercado es plural y existen puentes institucionalizados desde la política pública entre sus diferentes modalidades.
El Estado, reconstruido y reforzado, consultativo, intermedia tendiendo a equilibrar, a compensar a los más débiles.	Tendencia al autonomismo y al subdesarrollo. Las políticas urbanas no alcanzan el universo ciudadano, son parciales en el espacio y limitadas en los grupos a quienes se dirigen.	La política urbana se determina en un proceso democrático abierto, cuya calidad se mide por la vincularidad resultante de la frecuencia/intensidad de los intercambios. Las urbanizaciones (y las reurbanizaciones) tienen criterios de retorno al reconocimiento del soporte natural y la fragilidad ambiental y son, en un cierto punto, desurbanizadoras.
En el sector social no hay una explicitación de alianzas sino un seguidismo crítico, con un cierto dualismo por el cual, en términos de relaciones internacionales, tiende a autonomizarse del Estado y, en términos de relaciones locales, tiende a subordinarse al Estado.	El dualismo es categórico: sociedad popular versus mercado, lo local versus lo central, llegando a un límite contundente: sociedad popular-local versus mercado-gobierno central.	Las alianzas transversales, colocadas en el palco democrático, se equilibran con las culturas políticas del clientelismo y el lobby, constituyéndose en una instancia reguladora en la economía y el desarrollo urbano.
Los inversores de la ciudad y las empresas que demandan sitio y servicios se someten a un sistema de negociación donde las reglas de juego son variadas y no exclusivas del sector económico y el Estado consigue fajas de recursos que se alojan en el financiamiento de políticas sociourbanas.	Fragmentación e inequidad espacial; solo las áreas rentables de la ciudad son el territorio del mercado.	Los servicios de infraestructura social son provistos por empresas no lucrativas que combinan socioeconomía (el trueque y la economía del trabajo) y modelos decisionales cogestivos en las organizaciones productivas.

Fuente: extraído de Poggiese (2004).

Estamos expresando que son relativamente alternativos, porque es difícil imaginar cada uno de ellos en estado puro, sin implicancias mutuas con los otros dos, tal como si sus componentes y regulaciones hubieran desaparecido. O sea que el perfil de cada escenario es de tal contundencia diferente de los otros solo porque se trató de un ejercicio de aproximación sobre hipótesis de cambio apoyadas en combinaciones un tanto aleatorias entre los actores político-institucionales que incluiría su gestión.

Aunque el cuadro 1 comparativo está confeccionado desde el punto de vista de la gestión es posible encontrar en varias de sus líneas descripciones aplicables a la economía social. En la primera línea aparecen las “redes” y su adverso, el “mercantilismo” y, en sexta línea, la posible relación entre redes, asociación y empresas no lucrativas.

Pero la tercera línea es la más específica con relación al papel de la economía social: está localizada como central en el modelo de autogestión (“La economía popular y las redes de trueque tienen fuerte predicamento y organizan una parte importante de los grupos sociales”); es alcanzada —de forma directa— por los puentes intermodalidades y el mercado plural en el modelo de cogestión (“El mercado es plural y existen puentes institucionalizados desde la política pública entre sus diferentes modalidades; está alcanzada —de forma indirecta— por el papel del Estado como asignador en el modelo de autogestión estatal (“El mercado resuelve con el Estado las asignaciones urbanas”).

En todo caso, y retornando a los principios expuestos al inicio de este ítem, la expresa deseabilidad respecto a alguna de estas tres alternativas —que aparecen como viables y cuentan con probabilidades de llegar a ser— se transforma en palabras-guía para la acción y comprometen acciones del presente. Es como desandar el camino hacia adelante y, anticipando el futuro, orientar las prácticas de los escenarios del presente.

4. El 2001, futuro hecho presente

Cierto futuro, una parte del futuro, se adelantó de forma abrupta en 2001. La crisis desbarrancó sobre el presente, con la materialidad de fenómenos emergentes y en simultaneidad, con varias alternativas de escenarios futuros. En un cuento de Borges, Uqbar, —un país inventado por escritores ocultos, de varias generaciones—, era recogido en las enciclopedias. Lo ficcional creando e inventando la realidad, “la realidad pareciéndose a la ficción”. En nuestro caso la utopía-ficción, o mejor, el escenario

utopístico –al decir de Wallerstein– que se nos hizo, de repente, realidad.

Una muestra es la Argentina emergente de la rebelión popular ciudadana del 19 y 20 de diciembre de 2001. En el período inmediato se hicieron evidentes en tensa simultaneidad, tres modelos de gestión participativa: el primero de estos modelos, prácticas de autogestión social, originadas en la reacción popular ante la exclusión social y la crisis económica y frente al descrédito en que cayeron el sistema de los partidos políticos y los gobiernos y, por carácter transitivo, el Estado, en cuanto a mecanismos capaces de solucionar los urgentes problemas. El movimiento de las asambleas populares o vecinales y el movimiento de empresas recuperadas son expresiones de este modelo. Las “asambleas”, orientando buena parte de su accionar a la provisión de servicios urbanos y sociales (alimentación, salud, microemprendimientos, etc.) y las otras experiencias enclavadas en mantener o reactivar fábricas y otras empresas productivas por sus propios trabajadores. Los piqueteros, movimiento que agrupa a los desocupados y cuyo principal medio de lucha es el corte de rutas y avenidas, también organizan emprendimientos autogestivos de producción de alimentos y servicios educativos en sus barrios, en general prescindiendo de cualquier relación con el Estado o con los programas gubernamentales.

El segundo modelo, prácticas estatales autogestivas, pero con consulta y prácticas que tienden a la cogestión, originadas en acciones de los gobiernos que intentan revertir ese descrédito de la sociedad, proponiendo resolver los problemas con mecanismos de consulta a la población y, en algunos casos, formalizando un espacio cogestionado entre el gobierno local y la comunidad local.

El tercer modelo, de prácticas cogestivas, experiencias de gestión asociada preexistentes que configuran actores colectivos mixtos sociogubernamentales como, por ejemplo, el Plan de Manejo de Parque Avellaneda con su Mesa de Trabajo y Consenso, sin duda el más significativo entre otros proyectos de gestión asociada, y también el Programa Buenos Aires y el Río con su unidad de seguimiento. Estos escenarios cogestivos tienen una virtud adicional, que es la de facilitar el vínculo entre actores de los otros dos modelos, que no siempre incluyen uno en el otro. La cogestión encuentra sostén en que algunas prácticas de grupos asamblearios fuertemente autogestivos que aceptan acciones cooperantes (una autogestión que tiende a la cooperación) y también en algunas prácticas estatales no corporativas y extramercado, que tienden, aun con restricciones, hacia una gestión asociada.

En Argentina, esos tres modelos estuvieron entonces y suelen estar en juego todavía, en simultáneo, en una situación de relativa tensión

pero sin ser por completo alternativos: en ciertos aspectos pueden complementarse o encajarse y pueden necesitarse el uno al otro.

5. Socioeconomía y redes mixtas

Ante este cuadro de situación se impone un conjunto de políticas públicas, en tres modalidades, para responder a las problemáticas que incluyen la participación en prácticas de economía solidaria: políticas de autogestión estatal, abiertas, consultadas y participativas; políticas de franco apoyo a la autogestión social; políticas de asociación cogestiva.

Estas políticas públicas, que son efecto de la crisis y operan en la crisis, son responsables de alcanzar, en sus momentos más álgidos, a importantes contingentes sociales movidos por necesidades imperiosas.

La economía solidaria es hoy en día una respuesta a la crisis, una enorme crisis del trabajo mundial. [...] Muchas personas acuden a la economía solidaria no porque creen en sus valores, sino porque ella constituye una alternativa disponible, aunque sufrida, de sobrevivencia (Singer, 2005, p. 138).

Pero, al mismo tiempo las prácticas de la socioeconomía, frente a los efectos negativos de la apertura de los mercados y la globalización, son parte de la creación de un nuevo actor:

Es frente a las conquistas del ente mercado y a sus características intrínsecas, que se torna indispensable crear otro actor, con sus portavoces y sus imágenes correlativas, que denominamos *mercado socialmente necesario*. Con esta denominación no permitimos que la concepción hegemónica de mercado se presente como la única versión posible de los intercambios económicos [...]. El actor aquí propuesto [...] ya existe en embrión, como lo ejemplifican las luchas de los vendedores ambulantes en los centros de las principales metrópolis del mundo, *las redes de trueque de tantas experiencias latinoamericanas*, los movimientos sociales territorializados, los proyectos de desarrollo local y *los experimentos de la economía solidaria* (Torres Ribeiro, 2005, p. 107; cursivas agregadas).

Redes de trueque de dimensiones locales son experimentadas en innumerables sitios de América Latina. Una experiencia nacida en medio de la crisis de empleo fue la Red Global del Trueque. La integraron “prosumidores”, a la vez productores y consumidores, que con una moneda de trueque o “moneda social” intercambiaban “créditos” para la adquisición de productos. Como “sistema emi-

nentemente convivial [...] que se resiste a ser dominado, controlado, hegemonizado [...] la red [...] son personas intercambiando”, se propuso reemplazar por la reciprocidad entre las personas, toda competencia estéril, el lucro y la especulación.³ En Argentina, donde se inició en 1995, llegó a componer y contener unos quinientos grupos y se extendió a varios países de América Latina.

En Argentina, los emprendimientos que hasta el 2003 se orientaban a la subsistencia de las personas con menores recursos, en los últimos años se han ido expandiendo por todo el país, modificando su razón de ser.

[...] de atender la subsistencia inmediata pasaron a dar respuesta a una necesidad mucho más amplia: cambiar el modelo de economía capitalista por el de economía solidaria [...] cooperativas de trabajo, fábricas recuperadas, emprendimientos familiares y asociaciones sociales, abastecen de alimentos de producción propia a miles de familias.⁴

Actualmente, se forman otros tipos de redes de economía solidaria que articulan diversas experiencias de trabajo autogestivo, movimientos campesinos, cooperativas, colectivos estudiantiles con la finalidad de constituir alternativas a las formas hegemónicas de comercialización y consumo en la ciudades. Este devenir ya había sido preanunciado con anterioridad:

[...] mediante una reestructuración de la economía popular [...] es posible desarrollar –desde las grandes ciudades articuladoras de redes urbano rurales– la economía del trabajo, subsistema orgánico capaz de adquirir una dinámica parcialmente autosostenida a nivel local y regional, coexistiendo, compitiendo y articulándose –como sustrato de la pymes– como oferente de recursos humanos de alta calidad, como comprador y proveedor, como contribuyente, con la economía del capital y la economía pública (Coraggio, 2000, p. 168).

No caben dudas de la importancia creciente que tal economía alcanza en las ciudades, y el cambio cultural que se produce al instalar el debate democrático de ideales y utopías, o de ideales “utopísticos”, activadores de las movilizaciones sociales. En ese sentido, las prácticas novedosas de gestión sociourbana vienen siendo conocidas como de gestión asociada o cogestión. Denominamos gestión asociada a modos específicos de planificación y de gestión, realizados en forma compartida entre organizaciones estatales y organizaciones de la sociedad civil en su sentido más amplio. El sistema de trabajo planificado y la relación articulada de los colectivos que

³ Véase *Revista Trueque*, año 2, N° 3, Buenos Aires, diciembre de 1999.

⁴ Véase “La economía social del Centenario”, nota publicada en el semanario *Miradas al Sur*, Suplemento Argentina Económica, Buenos Aires, del 23 de mayo de 2010, p. 2.

se crean para elaborar y gestionar esos proyectos cogestivos (que en sí mismos ya son una red) devienen en una trama social reconfigurada y activa, una red de “redes de gestión asociada” (cogestiva).

El ideario democrático encuentra espacios efectivos en la creación de una nueva esfera pública local abierta a la participación ciudadana. Las experiencias de presupuesto participativo, foros y consejos sectoriales realizados con participación de movimientos de la sociedad civil o con ciudadanos tomados individualmente son formas de interacción caracterizadas como “redes sociogubernamentales de expresión de la ciudadanía, en las que son explicitados conflictos, son disputados y articulados intereses y son contruidos proyectos estratégicos”.⁵

Las redes de economía social o popular, en tanto dependen de una combinación de iniciativa no gubernamental y políticas de Estado, son asimilables a estas que denominamos como redes mixtas sociogubernamentales.

Conclusiones

La repetición del escenario formalizado de planificación/gestión, como práctica presente anticipatoria de futuro ha extendido el concepto y hoy pueden ser definidos como escenarios de propósitos múltiples.

El futuro es crear ahora escenarios de propósitos múltiples como prácticas embrionarias de transformación social donde se definen políticas en torno a valores, se diseñan estrategias de impacto socioeconómico, se crean nuevos conocimientos, se produce un nuevo “saber-hacer”, se configuran nuevos actores colectivos, se amplía la democracia.

Estaríamos así en presencia de verdaderos “embriones” de transformación social. Nuestros escenarios de múltiples propósitos, como una compleja estrategia de resolución de problemas actúan en el presente articulando sectores, disciplinas y niveles sociales, extendiendo la comunidad de pares y creando nuevas formas de conocimiento-acción.

Practicando ahora su interrelación en redes sociogubernamentales y su diseminación –una siembra de embriones de transformación social– estaríamos ensayando una sociedad diferente, integrada, una nueva sociabilidad, un nuevo sistema de relaciones sociales y productivas.

Por ser esta una época de veloces cambios y de globalización es también un período signado por el libre albedrío, un desafío a pensar y actuar sin cortapisas ni dogmas.

⁵ Extraemos esta denominación de redes mixtas sociogubernamentales de la clasificación que realiza Scherer-Warren (1999, p. 36), quien para este tipo de prácticas toma la definición de Moura (1994).

Tendríamos la posibilidad de ser y estaríamos obligados a ser creadores y descubridores al mismo tiempo: estableciendo nuevas prácticas, realizando hallazgos, imaginando escenarios. Creación nos remite a la acción de instituir, fundar o establecer algo nuevo y, también, a la de producir algo de la nada. Invención nos ubica en la acción de hallar o descubrir una cosa nueva.

Creación e invención son el puente entre el presente y el futuro. Lo que está sucediendo ahora, por lo menos en sus rasgos esenciales, es la materialización de ciertos pensamientos y acciones del pasado. Las luchas presentes, el debate actual, tendrán repercusión en el futuro; algunas de las ideas puestas en juego ahora se materializarán más adelante, serán de alguna forma parte de la realidad que aún no llegó.

La socioeconomía en tanto constitutiva de redes mixtas socio-gubernamentales es un escenario de anticipación de un modelo de sociedad futura.

Referencias bibliográficas

- Coraggio, José Luis (2000), *Política social y economía del trabajo*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Mouras, Susana (1994), “A questão público-privado: antigos e novos sentidos”, Gramados, ANPUR.
- Poggiese, Héctor Atilio (2004), “Alianzas transversales, reconfiguración de la política y desarrollo urbano: escenarios del presente y del futuro”, en Torres Ribeiro, Ana Clara (comp.), *El rostro urbano de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones CLACSO.
- Scherer-Warren, Ilse (1998), *Cidadania sem fronteiras*, San Pablo, Hucitec.
- Silva Catia, Antonia *et al.* (2005), “Formas y Utopías: uma breve introdução”, en *Formas em Crise. Utopias necessárias*, Río de Janeiro, Arquimides Editora, pp. 17-21.
- Singer, Paul (2005), “Políticas públicas para a Economía Solidaria no Brasil”, en Lianza, Sidney y Felipe Andor (comps.), *Tecnología e desenvolvimento social y solidário*, Porto Alegre, UFRGS Editora, pp. 138-148.
- Torres Ribeiro, Ana Clara (2005), “Território usado e humanismo concreto: o mercado socialmente necessário”, en Silva, Catia Antonia *et al.*, *Formas em Crise. Utopias necessárias*, Río de Janeiro, Arquimides Editora, pp. 93-108.
- Wallerstein, Immanuel (1998), *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI Editores.

(Evaluado el 30 de junio de 2010.)

Autor

Héctor Poggiese. Master en Administración Pública (Fundação Getúlio Vargas, Río de Janeiro, Brasil). Investigador-docente de FLACSO, director del Programa Planificación Participativa y Gestión Asociada. Miembro de las Redes PPGA.

Publicaciones recientes:

- (compilador), *Otro desarrollo urbano: ciudad incluyente, justicia social y gestión democrática*, Buenos Aires, CLACSO, 2009.
 - “Políticas públicas y participación popular en Venezuela”, en Moreira y Raus (comps.), *La nueva política en América Latina*, Montevideo, Trilce, 2008.
 - “Decifrar o enigma da metrópole com a intenção de produzir transformações”, en Silva Catia, Antonia et al. (orgs.), *Metrópole: governo, sociedade e território*, Río de Janeiro, DP&A Editora, 2006.
-

Cómo citar este artículo:

Poggiese, Héctor, “La economía social como anticipación de futuro”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 2, N° 18, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2010, pp. 141-157.